

Mérida, 30 de noviembre 2016

CASTRO EL INOXIDABLE

Por Dr. Enrique Neira Fernández

En enero, cada año la llamada “caravana de la libertad” recorría Cuba, de oriente a occidente, rememorando la triunfal entrada del Comandante Fidel en La Habana, tras dos años de lucha en las montañas de la Sierra Maestra y la huída del dictador Batista, el 31 de diciembre de 1958. Pasaron muchos años desde esa gesta liberacionista, que convirtió a su máximo conductor no sólo en una verdadera leyenda sino en uno de los más entrañables mitos del continente latinoamericano y en el último de los más influyentes líderes del mundo llamados **inoxidables**. Su deceso fue anunciado por su hermano el Presidente Raúl este 25 de noviembre.

Las estaciones de Fidel

Con su procera estatura, puños cerrados y dirigiendo una mirada desafiante desde el Malecón hacia el Imperio del Norte, Castro seguirá encarnando la lucha -desigual pero heroica- del pequeño David bíblico contra el prepotente Goliat del moderno paganismo.

Por sólo el hecho de haber desafiado el poderío rabioso norteamericano y haber sobrevivido por tantos años al intento (con veinte o treinta acciones de asesinato planeadas por la CIA), tenía ya un pie en el panteón de los héroes. Su halo inquietante de *revolucionario* nadie se lo puede quitar, aunque persista la polémica de si su revolución ha sido particularmente exitosa, tanto en lo económico como en lo político. Hay quienes lo tildan de *tirano*; y en realidad, supo imponer y mantener una dictadura fuerte en la Isla, aunque dándole cierto toque de humanismo. Fue un *"ogro filantrópico"*. Pero Fidel fue sobre todo un *caudillo carismático* y un *político genial*; un *rebelde con causa*, cuya misma insolencia lo hace grande. *"Ser grande -decía el general De Gaulle- es tomar como propio*

un gran combate". Y esto no se lo discute nadie a Fidel Castro. Este David barbudo, desde su diminuta isla ha desafiado al Big Brother del Norte. Y el haber tomado como propio ese gran combate contra el Imperialismo, durante tantos años, lo ha hecho grande.

Jean-Pierre Clerc actualizó en 1996 una biografía que había elaborado en 1988 sobre "*Fidel de Cuba*". Su esquema de las estaciones es válido para esbozar en cuatro grandes etapas lo que fue una de las revoluciones más espectaculares del mundo, en ese escenario caribeño, de apariencia pequeña pero generador de fuertes huracanes.

1. Primavera (1959-1963).

La toma revolucionaria del poder, era algo inédita hasta entonces y no prevista por los clásicos marxistas-leninistas. Cuba en la década de los años 50, no era ni el país más pobre del Caribe ni el más industrializado de América Latina. Por su PIB ocupaba un tercer puesto tras Argentina y Venezuela. La Revolución de Castro (contrariando hipótesis de varios especialistas) no fue el resultado de una insurrección popular, ni de un movimiento campesino o agrario, ni menos de una acción organizada por un proletariado urbano. Como bien subrayó Régis Debray en su "*Revolución en la Revolución*", Castro ganó porque adaptó las tácticas guerrilleras a las condiciones de Cuba, enfatizando el "foco" militar más que el levantamiento popular. Y la consolidación del poder fue también algo inédito, por su rapidez y efectividad. Castro fue aislando y eliminando, una tras otra, las fuerzas vivas que pudieran habersele opuesto y hábilmente logró que no se coaligaran en su contra. La huida de un millón de cubanos (algunos de ellos influyentes) a "escampar" la revolución en la Florida y la situación propia de Cuba, como isla homogénea y relativamente aislada, le facilitaron la tarea. Fueron instrumentos efectivos para ello: los tribunales revolucionarios que puso a funcionar; las reformas agraria y urbana que implementó en los dos primeros años; la alianza abierta que pactó con el Partido Comunista; y la postura airosa, desafiante, beligerante que adoptó frente al imperialismo del Tío Sam, mientras aceptaba la protección del Oso soviético, en plena guerra fría mundial.

2. Verano (1963-1970).

Castro siguiendo el modelo soviético, fuerza a una estatización -con total control central y planificación económica, bajo un sistema de partido único-. Radicaliza los métodos; pone más énfasis en la ideología revolucionaria; moviliza e incentiva al país a una producción record de azúcar, que debería llegar a 10 millones de toneladas métricas, y sólo llegó a 8.5 millones en 1970.

3. Otoño (1971-1985).

A pesar de las fallas que se reconocen por la dislocación económica y la soviétización de la Isla, fueron innegables los logros de la Revolución cubana en bienestar social (educación, salud, deporte, vivienda). Castro no creó riqueza, pero sí erradicó la pobreza. Puede decirse que hizo una buena distribución del subdesarrollo. Pero adoleció de las mismas disfunciones y distestructuras de los demás sistemas comunistas: desperdicio de recursos, burocratismo parásito, ineficiencia e improductividad que se manifiesta en un racionamiento permanente de bienes de consumo y alimentos. Sin embargo, Castro mostró más capacidad de autocrítica que otros, y con imaginación revolucionaria abrió ventanas de oxigenación, embarcando a la Isla en misiones extranjeras de ayuda a movimientos liberacionistas de varios países.

4. Invierno(1986- 2016)

La "perestroika" (democratización interna del socialismo) inducida por Gorbachov (Secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1985) y el ulterior colapso (a partir de 1989) -uno tras otro- de los regímenes comunistas de Europa del Este y la desintegración del Imperio soviético, dejaron al régimen comunista de Castro desamparado de todo apoyo, colgado de la brocha roja, y enfrentado a un implacable bloqueo norteamericano, con creciente aislamiento internacional. El viejo y aguerrido león en los últimos años tuvo que agazaparse en su caverna de invierno; rugir fuerte contra el vecino del norte, pero contentarse con los pocos huesos dejados por el turismo y los dólares provenientes de él. La gigantesca y oportuna ayuda del comandante Chávez desde Venezuela lo salvó de la ruina. Y le quedó la gran satisfacción y recompensa final -caída como maná reconfortante del Cielo o brotado de la Naturaleza, tras la visita de Juan Pablo II° a la Isla en enero 1998- como es dejar sus grandes banderas de lucha, unas

antiimperialistas (contra los poderes del primer mundo) y otras liberacionistas (a favor de países tercermundistas), en manos de un relevo de generación joven. Como ocurrió con el gran profeta Elías quien tras investir con su manto a su discípulo y sucesor Eliseo, subió en su carro de fuego hacia las alturas del tiempo y del espacio (2º Libro de los Reyes, capítulo 2, versos 9-14).

Castro y García Márquez

Una de las más geniales hipérboles de García Márquez en su novela *El otoño del patriarca* es aquella increíble operación, a la que el dictador asiste impotente, por medio de la cual los norteamericanos se robaron el mar de su país caribeño: "de modo que se llevaron el Caribe en abril [...] se lo llevaron con todo lo que tenía adentro, mi general, con el reflejo de nuestras ciudades [...] se llevaron todo cuanto había sido la razón de mis guerras y el motivo de mi poder" (Bogotá, La Oveja Negra, 1982, p. 200-203). Donde estaba antes el mar no queda ahora sino un inmenso descampado en el que unos pocos peces dan saltos de agonía. Y es que la novela del premio Nobel colombiano está cruzada todo el tiempo por la presencia del fantasma del imperialismo norteamericano que ha irrespetado por décadas la soberanía de tantos Estados latinoamericanos y caribeños.

Por eso, cuando se habla de Castro y Gabo, hay que subrayar que no solamente hubo entre ellos -durante años- una extraordinaria química personal, sino que también los ha unido una singular afinidad ideológica. Ambos son rebeldes con causa: el uno estratega y político, el otro periodista y escritor. El uno un caudillo carismático que rompió los marcos de la política tradicional, el otro una pluma inspirada que produjo el boom del realismo mágico. El uno se constituyó en inquietante polo de poder revolucionario en las Américas, el otro ha sido gran admirador del poder y lo ha sabido cortejar a través de discretas relaciones con presidentes amigos.

La historia de la relación entre dos de los grandes íconos de la izquierda latinoamericana es el hilo central de "*Gabo y Fidel: El Paisaje de una Amistad*" (Editorial Espasa, 344 páginas), investigación a cargo de los periodistas Ángel Esteban (nacido en

Zaragoza, miembro del grupo de Estudios Superiores de Literatura de la Universidad de Granada) y Stephanie Panichelli (belga, Universidad de Lovaina, con tesis sobre "García Márquez y la Revolución cubana"). El libro narra la amistad entre Gabriel García Márquez y Fidel Castro y lo que se han aportado el uno al otro.

Descubre también, entre otras cosas, entresijos de la alta política del Caribe, el nacimiento, triunfo y declive del sandinismo y cuáles son las piezas que mueven el actual socialismo internacional para combatir el capitalismo. Aduzco algunos tips de dicha obra.

* En el prólogo se alude ya a cierto encantamiento que a García Márquez le producen quienes han tenido un poder tridimensional en sus manos. "Sus nuevos amigos son casi todos presidentes, mientras que los intelectuales y escritores le interesan cada vez menos". "Gabo, obsesionado por el poder, los caudillos y la mediación diplomática del más alto rango, vio en el patriarca cubano el modelo a partir del cual América Latina podría construir algún día un socialismo propio, una sociedad feliz sin clases ni diferencias".

* Antes de conocer a Castro, a finales de los años 50, García Márquez viaja a los países de la cortina de hierro para conocer de primera mano cómo funcionaba el sistema comunista allí. Quedó decepcionado por lo opresivo y deshumanizante del régimen; y así lo consignó en sus crónicas y comentarios. Más tarde, le impresionó la entrada triunfal de los barbudos a La Habana y le comenzó a interesar la figura de Fidel. Viaja con su colega, el colombiano Plinio Apuleyo Mendoza; y el mismo Castro los recibe en el aeropuerto de Camagüey el 19 de enero de 1959. Lo primero que le preguntó Castro fue: "¿ha comido algo?". Gabo confiesa que esa pregunta irrelevante le fue muy significativa, pues siempre lo ha unido a Castro el gusto por la comida; y asegura que durante 30 años "sólo han hablado de poesía y comida". Mentira piadosa de un gran novelista de profesión.

* En 1961 García Márquez se va a vivir a México y desde allí hace varias visitas al Comandante. Pero en 1968, se produce un distanciamiento delicado debido a dos hechos. Primero, el apoyo de Castro a la invasión de la Unión Soviética con tanques a

Checoslovaquia (que produjo en Venezuela la salida de valiosos jefes políticos como Petkoff del Partido Comunista y la formación del MAS). Segundo, el arresto que ordenó Castro del poeta Heberto Padilla (que produjo la ira de intelectuales antes amigos del régimen como Mario Vargas Llosa, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Julio Cortázar). García Márquez se negó a firmar la fuerte carta de protesta de estos intelectuales, actitud que le costó críticas y la pérdida de muchas amistades en el mundo occidental. Pero muchos no saben que fue precisamente el Gabo, quien años más tarde, utilizó sus influencias con el régimen cubano para que Padilla saliera de la Isla. Pero las heridas se fueron cicatrizando. Castro quedó muy impresionado con la publicación en 1974 del libro de Gabo "*El otoño del patriarca*" y le agradaron los artículos más revolucionarios que tiene García Márquez, publicados en su revista de izquierda "*Alternativa*". Gabo regresa a Cuba en 1975 y percibe positivamente la nueva Cuba que encontró, de la que deja un libro de reportajes titulado "*Cuba de cabo a rabo*".

* García Márquez recibe en 1982 el Premio Nobel de Literatura. Los autores del libro -que vengo siguiendo- aventuran su opinión de que el colombiano recibió de la Academia sueca el galardón no sólo por sus innegables méritos literarios -que nadie cuestiona- sino también por su relación con Castro, a pesar de que el argentino Jorge Luis Borges era por entonces el escritor y pensador más oprimido, pero era simpatizante del régimen de Pinochet. Castro envía 1.500 botellas de ron para la celebración. Gabo va a celebrar en diciembre con su comandante el premio. Y por esos días, el actor Anthony Quinn le ofrece a Gabo un millón de dólares por los derechos para TV de "*Cien años de soledad*". El colombiano, en broma, le respondió que aceptaba pero con la condición de que le diera otro millón para apoyar la revolución cubana.

En síntesis, una frase de García Márquez en una entrevista de 1975, define bien la singular relación entre los dos famosos personajes caribeños: "*Soy amigo de Fidel y no soy enemigo de la revolución. Eso es todo*". Y la verdad es que nadie está en la obligación de justificar sus amistades.

Los dictadores y grandes personajes también mueren.

La historia de casi todos los pueblos está salpicada por líderes de mucha fama. Especialmente en épocas de crisis, surgen conductores carismáticos que ejercen fascinación sobre las masas, jefes que hábilmente logran el poder y se empalagan con él. Pisístrato en Grecia, Julio César en Roma, Cola di Rienzo en Italia, Cromwell en Inglaterra, Robespierre y Napoleón en Francia. Menos lejanos Franco en España, Salazar en Portugal, Stroessner en Paraguay, Perón en Argentina, Duvalier en Haití, Trujillo en República Dominicana, Somoza en Nicaragua, Marcos en Filipinas, Idi Amín en Uganda, Ceausescu en Rumania, Noriega en Panamá, Pérez Jiménez en Venezuela, Rojas Pinilla en Colombia. Sin hablar de los grandes dictadores totalitarios (fenómeno mucho más grave puesto que parecían hechos para sobrevivir por sustentarse en un partido único, ideológico y de masas), como fueron Hitler, Mussolini, Stalin, Mao Zedung, Pol Pot, Kim Il Sung, Saddam Hussein, y Milosevic tras años de crímenes en Serbia. Todos han pasado, mientras le llega su turno al último de los "*inoxidables*" o "inmortales", Fidel Castro. Como dice la sabiduría popular: "No hay mal que dure 100 años ni cuerpo que lo resista". Máxima aplicable no solo a individuos mortales sino también al tejido social de los pueblos. La diferencia está en que hace unos lustros, los pueblos aguantaban hasta 40 años, antes de sacudirse una dictadura. Después "guapeteaban" 'aguantaban' hasta 30 años. Pero, en este comienzo de siglo, ya no resisten mucho más de 15 años.

Chávez en 14 años había llegado a la cúspide del poder con una bien introyectada figura de Mesías (dispensador de bienes, invencible, duradero) quien confiado en su buena estrella juraba 'como su inspirador y modelo Simón Bolívar' que "si la Naturaleza se opone pasaremos por encima de ella" olvidando que su inmortal modelo había fallecido en Santa Marta de enfermedad incurable hacía 180 años. Todo estaba en sus manos y nada predecía lo contrario. Su control desde el Ejecutivo de los otros cuatro poderes del Estado venezolano (Legislativo, Judicial, Electoral, Defensoría del Pueblo) le permitía asegurar su permanencia por reelecciones indefinidas hasta otros 30 años y no le pasó por su cabeza el que el Destino o la Naturaleza pudiese truncarle inopinadamente todos sus sueños y aspiraciones. Vivió una falsa seguridad hasta que un "pedrusco, sin que se sepa la mano que

lo lanzó" lo derrumbó sin remedio. Así lo prefigura el libro sagrado Apocalipsis de Daniel escrito en el siglo II antes de Cristo (capítulo 2, versos 31-37) utilizando el símbolo de la estatua del emperador Nabucodonosor.